«Valencia» de Azorín

Pascuala Morote Magán
Universidad de Valencia

En este trabajo vamos a tratar de aproximarnos a la panorámica y personal visión de Valencia que nos ofrece el escritor de la Generación del 98, en la obra del mismo título, *Valencia*, la cual, junto a *Madrid*, son, según Muñoz Cortés "fundamentales para el conocimiento de la generación del escritor"[1].

Se ha dicho que *Valencia* es un libro desorientador, aunque lo realmente desorientadoras son las fechas que se barajan de la llegada de Azorín a Valencia. En el capítulo II de *Madrid*, nos dice el escritor que llegó a Valencia en 1886 y que pasó diez años estudiando Derecho. García Mercadal cuenta que en junio de 1888 aprobó en Murcia los dos ejercicios para obtener el título de Bachiller, y pasado septiembre comenzó en Valencia los estudios de Derecho[2]. José Alfonso, sin embargo afirma que fue en 1890 cuando Azorín llegó a Valencia y que tenía entonces 17 años[3].

Cualquiera que sea, pues, el año en que llegó a Valencia, fue en plena juventud, y aunque la carrera de Derecho no le atrajera nada, "Valencia era en aquel momento una gran capital con muchos periódicos y lucha de ideas políticas muy agitada" como señala García Mercadal[4]. Pronto empezó a publicar en las columnas de *El Mercantil* (*El Levante* actual) que dirigía D. Francisco Castell y en *El Pueblo* que dirigía Blasco Ibáñez. En esa época firmaba sus escritos con su pseudónimo de combate *Ahrimán*. En 1892 trasladó su matrícula de Valencia a Granada. En octubre de 1896 llevó su expediente académico a Salamanca, y sin llegar a examinarse se trasladó a Madrid ese mismo año (1896) decidido firmemente a no continuar estudiando la carrera de Derecho. Parece ser que tenía entonces 23 años.

A pesar de estos alejamientos de Valencia, en Valencia publica algunas de sus primeras obras: en 1893 imprime F. Vives Mora el folleto *Moratín*, con el pseudónimo *Candido*, aunque con el pie de imprenta de Fernando Fe de Madrid. En 1894 de las mismas imprentas y librerías saldrán *Buscapies* (sátiras y críticas) firmado por *Ahrimán*. En 1895 *Anarquistas literarios* y *Notas sociales* y en el año 1896, inmediatamente antes de su llegada a Madrid publica su volumen *Literatura*[5].

[1] Muñoz Cortés. M. (1973): *Sobre Azorín*. Dpto. de Español. Universidad de Murcia. p. 16.
[2] García Mercadal, J. (1967): *Azorín. Biografía ilustrada*. Barcelona. Destino. p. 14.
[3] Alfonso, J. (1958): *Azorín, en torno a su vida y a su obra*. AEDO. Barcelona
[4] García Merdadal, J.: Op. cit. p. 14.
[5] Véase García Mercadal, Op. cit., p. 20

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

Pero volvamos al joven estudiante que llega a Valencia, al que imaginamos con una gran ilusión por la vida que según Heliodoro Carpintero se trata de "una vida vivida con avidez de ver y entender a los hombres; sus anhelos y sus esperanzas, sus egoismos y sus entregas, sus amores y sus odios"[6].

También el profesor Muñoz Cortés nos indica lo siguiente:

> "En el transcurso de su vida las alegrías y los dolores, las angustias y los triunfos, han sido como lanzaderas, reposadas unas veces, otras en alocado aceleramiento. Pero estas dos creencias han sido como una trama que ha dado autenticidad humana a todo lo que salió de su pluma. Creencia en la belleza, mirada dirigida al mundo para una selección siempre acertada, siempre encendida"[7].

Pensemos en lo que significaría este periodo de tiempo en Valencia para un joven escritor que manifestaba ya una nueva manera de ver las cosas y una gran sensibilidad para captarlas, como demuestra cuando en *Las confesiones de un pequeño filósofo* recuerda los viajes desde Monóvar a Valencia:

> "¿Podremos nunca olvidar las madrugadas en que bajábamos desde las tierras altas? [...] El sol comenzaba a esparcir su clara lumbre sobre los naranjales. Era tibio el ambiente de la mañana, el azahar ponía un grato, tenue perfume en el aire. Ibamos desde la casa solariega del pueblo hacia la vida libre del estudiante. ¡Cuántas veces hemos visto al pasar por los claustros de la Universidad, al buen Luis Vives de bronce con su boina, colocado en medio del patio! ¡Qué muchedumbre de recuerdos los de esta hermosa y clara ciudad! Allí estaban las tiendecillas de los libreros de viejo [...]; allí la Biblioteca Universitaria siempre desierta, siempre solitaria [...]; allí las fiestas ruidosas, populares y las enramadas de juncias y mirtos por las calles; allí los extensos paseos por la huerta, en las tardes plácidas y largas de la primavera; y el atalayar del soberbio panorama desde el Miguelete..."[8].

Si el escritor recien llegado a Valencia, se enamora intensamente de la ciudad, no es de extrañar que cuando publica su obra en el año 1940 en la etapa que Heliodoro Carpintero denomina "la de los 70 años"[9], haga una evocación de la ciudad plagada de recuerdos e impresiones juveniles. Por lo tanto, nos va a aproximar a Valencia, no a través de un acercamiento lineal, en el que predominen exclusivamente las notas objetivas de carácter descriptivo, sino que este, va a ser más bien un acercamiento subjetivo de tono intimista, evocador, sentimental e introspectivo.

Vamos a conocer Valencia con Azorín a través de sus recuerdos y ensoñaciones de juventud. El viajero infatigable que fue (viajó por toda España, fue varias veces a París...) nos va a llevar a recorrer Valencia por caminos diferentes a los habituales, caminos insólitos, que, aun siendo internos, nos pueden hacer ver la ciudad de varias formas:

- Físicamente en sus calles, paisajes y pueblos.
- Cotidianamente, ayudándonos a conocer ambientes y costumbres.

Filosóficamente, insistiendo en aquello que más le preocupa: el paso del tiempo y su concepción de la vida.

- Históricamente, a través de sus personajes.
- Culturalmente, señalando la diversidad de culturas que confluyen en Valencia.

A los que todavía podríamos añadir una manera más de ver Valencia:

[6] Carpintero, H. y otros (1964): Introducción a *Azorín. Homenaje al maestro en su XC aniversario.* Prensa Española. Madrid.

[7] Muñoz Cortes, M. Op. cit., p.12

[8] Citado por García Mercadal, pp. 16-17

[9] Carpintero, H. Op. cit, p. 26.

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

- Estilísticamente, ya que uno de los capítulos del libro le sirve de base para reflexionar sobre aspectos que debe tener en cuenta el escritor a la hora de crear su obra.

Valencia no es una excusa, sino un soporte para conocer a fondo la esencia de lo valenciano, sobre la que él mismo se pregunta:

> «¿Y qué es lo esencial en la Historia? ¿Y qué es lo esencial en mis evocaciones de Valencia?. Los historiadores no saben lo que es lo esencial» (pág. 863).

Pasamos, pues, a recorrer físicamente Valencia lo que equivale a darnos cuenta de que es una ciudad enraizada en lo europeo y un foco cultural de gran relevancia, donde el lujo y la riqueza se dan la mano. El mismo Azorín afirma:

> «Valencia es la ciudad, donde en lo antiguo, gozando de civilización extremada se han realizado obras de puro lujo. Tales son las Torres de Cuarte y de Serrano». (pág.891)

El escritor nos traslada de la ciudad a los pueblos y nos enseña los lugares de diversión que frecuentaba siendo estudiante: «el Café de España» y «el Fum Club» (ambos inexistentes en la actualidad).

Con la descripción del Café de España nos pone en contacto con la tradición artesanal, artística y musical de los valencianos:

> «Ibamos tras la comida al Cafe de España. [...]. Traspuesto un zaguán losado de mármol blanco, se entraba a un primoroso salón árabe, con frisos de alicatados azulejos. [...]. Y de allí se pasaba a una vastísima sala decorada por los más ilustres pintores valencianos. En un extremo, sobre estrado, se veía un magnífico piano Erard» (pág. 865).

En este café, con la presencia del piano destaca el amor a la música como nota característica del pueblo valenciano:

> «No se rendiría en ninguna otra ciudad española —ni acaso en otros países— el culto a Wagner, que en Valencia, la fina, la sensitiva, se le rendía» (pág.866)

Con el Fum Club «timba elegante» nos introduce en una ambiente muelle y lujoso, quizás en estrecha relación con el carácter hedonista de los valencianos.

Describe las casas de huéspedes como un elemento de contraste entre la vitalidad de la juventud y la quietud de la vida adulta:

> «Las casas de huéspedes tenían su faz especial [...]. Había cuartos como incrustados unos en otros. Para entrar en uno había que pasar por dos o tres. El papel de las paredes se desprendía a veces en grandes fragmentos [...]. Pero ¿Y nuestra alegría? ¿y nuestro afan de vivir? ¿Y nuestra despreocupación?» (pág. 865).

Las casas de huéspedes valencianas son relacionadas con las de París, en las que el escritor vivió tantas veces, e incluso con dificultades económicas:

> «No podía yo imaginar que andando el tiempo, pasado ya más de medio siglo, viviendo modestamente en París, había de pagar dos mil francos mensuales por un entresuelo, cerca del Arco de Triunfo, sin contar con la electricidad, el gas, el teléfono y el servicio de portería» (pág. 865).

En Oliva visita la casa de su amigo Llorca, «casa noble, grande y antigua» (pág. 869). Y

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

de la casa de Llorca pasa a evocar la casa valenciana o levantina de la que dice que «también se da en Murcia» (pág. 869), (no podemos olvidar que el escritor nació en Mónovar y estudió en Yecla):

> «La casa valenciana es el tipo de casa más cómodo. Se abre la puerta y ya se está en pleno hogar. No es que la cocina esté aquí. Pero aquí está la familia con sus amistades». (p. 869).

Nos introduce en la casa de la familia Sancho (pág. 869), base de nuevas evocaciones culturales: D. Gregorio Mayáns y Ciscar:

> «¿Y la casa de D. Gregorio Mayáns y Ciscar, de Mayáns, que siempre habla 'de mi casa de Oliva' y que siempre firma en Oliva sus sabios trabajos?» (pág. 869)

Y de la casa nos lleva a lo que es una constante en su obra completa: la revisión de los clásicos por él mismo o a través de otros:

> «Ahora releo de cuando en cuando la vida de Cervantes, escrita por Mayáns. La primera vida de Cervantes que se escribió. [...]. Delicioso librito». (pág. 869).

La Barraca está presente en su obra. En una de ellas invitado por un amigo, vivió Azorín una temporada. De la barraca llama la atención su blancura:

> «La barraca es bonita. La forman cuatro paredes blanquísimas y un techo a dos vertientes» (pág. 949).

Y cómo no la barraca, sobre la que volveremos a tratar, vuelve a conducirnos a la cultura y costumbres valencianas:

> «Como viático de este viaje he traido dos libros. Uno es el *Manual de riegos* (Madrid, 1851), de un clásico de la agricultura. Y otro es un volumen de Juan Arolas, copio la portada: 'La sílfida del acueducto, poema romántico en diferentes cuadros' por J.A. Valencia. Imprenta de Jaime Martínez, año 1837".

Igualmente, las calles, los puentes y los monumentos. Azorín deambula por muchas calles que todavía existen en la Valencia actual: Embajador Vich, Poeta Quintana, Calle de las Comedias («donde estuvo el teatro Olivera y una famosa pastelería») y todas las que se encuentran alrededor del viejo edificio de la Universidad Literaria (convertido hoy en Rectorado), como la de la Nave y otras muchas calles y plazas de Valencia: la Plaza de las Barcas, la calle Santa Teresa, la calle Moratín, la Plaza de la Pelota, la calle de la Ensalada, la calle de Bonaire... Son las calles en las que el escritor ha vivido y ha tenido que recorrer múltiples veces, no sólo físicamente, sino intelectualmente; y en ellas evoca la *Gramática* de D. Vicente Salvá por la que se ha sentido interesado desde siempre:

> «La Gramática es lo que me atrae en mis comienzos de escritor. Como me atraen los autores clásicos. Y lo que reposa al pie del quinqué es la Gramática de D. Vicente Salvá. En lo bajo de su portada pone 'Valencia. En la librería de Mallén. Calle de la Nave, 1847'» (pág.889).

Dedica un capítulo, el XLVI a otras calles de Valencia para llamar la atención sobre su multisecularidad:

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

«Nos entregamos a la maraña de las callejas en la ciudad milenaria...». (p. 914).

Y se adentra en el «Manual de forasteros en Valencia» de José Garrido, publicado en 1841, para evocar todo un conjunto urbano de origen medieval del que le sugestiona su nomenclator gremial:

> «Aquí están las calles de Adoberías, Barchilla, Bolsería, Cadirers, Cerrajeros, Cofradía de los Horneros, Colchoneros, Granotes, Huerto de los Sastres, Mesón del Caballo, Pellejería Vieja, Puñalería, Taronchers, Zurradores» (p. 914).

Muchas de estas calles son hoy visita obligada turística y algunas mantienen su raigambre tradicional como Bolsería, por la que discurren las procesiones más antiguas (Corpus, Virgen y las dos de San Vicente).

Se detiene el escritor en el patio de La Universidad y en su denominación Universidad Literaria, de la que dice:

> «Y recuerdo que, adorador yo de la literatura creadora, literatura de imaginación, verdadera literatura, ese rótulo me irritaba sordamente» (pág. 870).

Ante dicho nombre se siente como un Cervantes incomprendido. Asimismo se detiene varias veces ante la estatua de Vives en el Claustro y en el reloj, el cual está visto aquí con mirada de fina ironía:

> «El reloj es importante porque dicta la hora precisa en que los catedráticos han de salir de su sala de espera y encaminarse por los claustros a sus aulas» (pág. 871).

En la estatua de Vives se fija en otra ocasión e intenta penetrar en los pensamientos que tendría Vives, cuando le escribieron a Lovaina para ofrecerle una cátedra en Alcalá de Henares, lo que le da pie para reflexionar sobre la patria:

> «La patria nos da mucho [...] y, exige, a cambio mucho de nosottos. Cuando nos ausentamos de ella y estamos lejos mucho tiempo vamos perdiendo el efluvio particular que la tierra nativa nos prestara...» (pág. 873).

> De las calles, nos lleva a los puentes y a sus artísticos pretiles: «Valencia -señala Azorín- cuenta con cinco antiguos puentes y diez kilómetros de pretil» (pág. 891).

Nombra el Puente de Serranos y llama la atención sobre el pretil del Turia y de ahí da un salto espacial a otros pretiles: el del Arlanzón en Burgos, el del Guadalquivir en Sevilla y el pretil europeo por excelencia, el del Sena. ¿Está queriendo llamarnos la atención sobre el valor europeo de Valencia? parece que sí.

Otros monumentos son, a su vez, mencionados en la obra que nos ocupa: el Miguelete y las Torres de Cuarte y Serrano.

Puede afirmarse que el ambiente cultural de una ciudad se mide por sus teatros. En aquella época en Valencia cita Azorín cuatro: el de la Princesa (cerrado en la actualidad), el de Ruzafa (desaparecido), el Principal y el Apolo en la calle D. Juan de Austria (este desaparecido también). Del público que asiste a los teatros en Valencia dice Azorín que «es un público entendido» (pág. 104).

Incluso nombra la Fábrica de Gas Lebón, para llamar la atención sobre el espíritu de inventiva de los valencianos:

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

> «En 1818 Ctistóbal Llopis, maestro hojalatero, había inventado un aparato que producía la iluminación por gas» (pág. 905).

Las calles, los monumentos, los lugares de diversión, los pueblos son utilizados por el escritor para recorrer, tanto en el presente como en el pasado la vida de la ciudad, jugando continuamente con la realidad observada (de la que describe pormenorizadamente infinidad de detalles) y con la realidad pensada, meditada y estudiada en el tiempo. Ambas realidades son las que, en ocasiones, inquietan y aturden al escritor y al lector, el cual a veces no sabe o queda desconcertado sobre si Azorín vive Valencia o la sueña o la recrea, como ocurre en el capítulo 'Valencia al fin', donde parece que se desdoble la personalidad del escritor en dos:

> «¿Eres tú o eres el otro? [...] El otro es el que ha venido a Valencia, y tú te encuentras muy distante» (pág. 948).

Finalmente se dice a sí mismo:

> «No te intranquilices ya. Has encontrado tu Valencia. Positivamente, el otro o tú, el otro y tú, los dos, os encontráis en Valencia» (pág. 948).

De Valencia, el escritor se fija además en sus sonidos. Contemplando el Turia cree en la posibilidad de que el sonido de una campana enderece su pensamiento, tan de aquí para allá:

> «El son lejano de una campana orientaría mi pensamiento en determinada dirección. [...] La campana es para mí melancolía. La campana me restituye de lo frívolo a la gravedad» (pág.891).

Es ya proverbial para todos que uno de los atractivos de Valencia en Fallas son sus ruidos. Azorín quiere hacernos partícipes de los mismos, pero con su carácter tan tímido y retraido, es lógico que las sensaciones auditivas ruidosas le parezcan desagradables, por ello ese enorme contraste de Valencia en fiestas, oída, que no vista, desde el interior de una casa, donde moran una anciana y dos jóvenes enlutadas, de las que el escritor nos da unos toques impresionistas de color:

> «En la penumbra en que está sumida la estancia, casi se funde lo negro de los trajes con el ambiente negro. Y solo resalta bien visible, la nota blanca del pañizuelo» (pág.893)

Pero el ruido lo invade todo y Azorín nos muestra fonéticamente mediante la eclosión de sonidos multitudinarios y musicales la vitalidad y la alegría de la ciudad en sus fiestas falleras:

> «Se oye rumor de multitud. La algazara ha ido creciendo desde el leve murmullo a las voces estridentes. El silencio de la sala ha sido roto, y de ahora en adelante invadirá el ruido exterior el callado ámbito» (pág.893).

Son contemplados, a su vez, el paisaje valenciano y sus elementos físicos: el naranjo y el parral.

El naranjo y su fruto se ven desde una perspectiva de lejanía con el Mediterráneo al fondo. Esta hermosa y colorista imagen del naranjo puede ser considerada como el cordón umbilical que une la ciudad con sus alrededores. El naranjo posee un papel fundamental

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

en el marco espacio-temporal, a través del cual quiere que penetremos como lectores en el alma entera, no sólo de la ciudad, sino de toda Valencia; en el carácter colectivo y trabajador de sus gentes; en la riqueza y fertilidad de sus tierras junto al mar, que contrastan enormemente con otras tierras de España pobres y áridas como las castellanas:

> «Ni 'campos de soledad', ni 'mustido collado' (como se diría de Castilla): un llano alegre con naranjos simétricos y gente afanosa que cosecha las doradas esferas» (pág. 861).

En otra ocasión indica:

> «Campo de naranjos y gente afanosa. Aquí fue Valencia. En este mismo ámbito —el Turia corre por el naranjal—, el azul Mediterráneo se columbra» (pág. 862).

Azorín, como cualquier viajero que llega por primera vez a Valencia se deja impresionar por su paisaje sensual, pleno de naranjos, que se pueden ver por cualquier carretera o camino secundario. Por ello, en el viaje que realiza con Llorca a Oliva resalta la fertilidad de dicho lugar:

> «En este trozo de tierra feraz —feraz y fértil de Valencia— [...] Veo en las cercanías naranjos. Los he estado viendo en el camino» (pág. 869).

El naranjo todo lo invade con una asombrosa fuerza:

> «La canción de los recolectores en el aire y millares de esferitas áureas en los serones» (pág. 861).

Siente emocionadamente el escritor este paisaje que embriaga con el perfume del azahar, al amanecer, hora en que Azorín describe y poetiza el fruto con una minuciosidad digna del buen observador que es:

> «El naranjal es simétrico [...] La flor es blanca, carnosa, de un aroma que embriaga. Y su zumo aplaca nuestros nervios en las crisis dolorosas. El fruto son las esferas áureas en su mejor clase, de piel delgada, lustrosa, y con la carne henchida de abundante jugo, ni dulce, ni agrio, carne suavísima, pletórica de fuerza vital, que llena voluptuosamente nuestra boca» (pág.897).

Otro elemento físico es el parral, típico tanto de la barraca valenciana, como de la murciana y de la pequeña casa de la huerta. Es otoño cuando Azorín llega a la huerta, de ahí el colorido de los pámpanos:

> «He llegado a la huerta valenciana en el próvido otoñó. El umbrío entoldado del parral ante la barraca, muestra ya amarillentos sus pámpanos» (p. 951).

Con el parral otros frutos huertanos: «los melones de agua» y «de olor», los membrillos, las níspolas y las costumbres sobre ellos:

> «Los membrillos han de ser colgados o puestos en las arcas o armarios entre las ropas y las serbas y las níspolas han de yacer en blanda paja, de modo que su carne, que ahora es dura, blanca y acerba, se convierta en deliciosa crema color caoba» (pág. 950).

Y una vez más la insistencia en la fertilidad de la huerta valenciana, unida al espíritu de trabajo de sus hombres:

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

> «No hay ni la menor hierbecilla inutilizable. La mano del hombre está en todas partes y en todas partes se ven muestras de su afán» (p. 953).

La visión final del paisaje valenciano es como un cuadro en el que se puede apreciar abigarradamente todo tipo de frutales, hortalizas y flores:

> «Frutales he visto los siguientes: granados, higueras, ciroleros [...] membrilleros, limoneros, nogueras. En las tablas de hortalizas se encuentran según las estaciones, cardos, apios, tomates, pimientos, chirivías, cebollas... En los cuadros de flores se ostentan rosas, claveles, crisantemos, camelias, dalias, trinitarias, azucenas, jacintos» (p. 953).

Este paisaje es sublimado afectivamente por el escritor, que asocia «el cultivo» de la tierra a la «cultura» del individuo, de la que se siente cautivo intelectualmente, prisión de la que parece se va a liberar mediante la observación directa, no por ensoñadora, menos estética, de un paisaje evocado que se ha adueñado del fondo de su alma:

> «Soy un prisionero de la cultura. Y al prisionero, de pronto, le presentan, con graciosa sonrisa, un pintado y oloroso pomo de rosas, claveles y lilas» (p. 953).

Y junto al paisaje, las notas costumbristas, de las que Azorín no puede, ni quiere prescindir, ya que sus raíces (nació en Monóvar) se encuentran en Levante (concepto geográfico que abarca las tres provincias: Valencia, Castellón y Alicante). No es raro, pues, que afirme:

> «En Valencia, en Castellón, en Alicante nosotros somos nosotros» (p. 886).

Y ese sentimiento de identificación, expresado por el pronombre «nosotros» se extiende al hombre más auténtico de estas tierras, al labrador, señor mimoso y entrañable de ellas, tanto cuando labra, injerta o poda:

> «Nosotros alisamos con la plana del legón los camellones como no los alisa nadie. Nosotros marcamos los bancales y tablas con un primor que nadie marca. El arte de injertar es arduo y nosotros lo practicamos con delicadeza» (p. 886).

El hombre y su casa, la barraca, concretamente la de los Senta, donde se halla hospedado o invitado el escritor. Para describirla se vale en parte de la técnica cinematográfica y lleva al lector con todo detalle, desde fuera hacia adentro, desde abajo hacia arriba; no sólo su arquitectura, sino su ornamentación con utensilios de todo tipo quedan perfectamente dibujados:

> «Delante de la puerta se extiende un frondoso parral. [...] La cocina se halla fuera de la casa, bajo un cobertizo. [...]. En la entrada de la barraca se encuentra la espetera de azófar, resaltante, áurea, brilladora en la nítida cal». (p. 949).

Así como los usos habituales de ellos:

> «No se usan los utensilios de la espetera a diario. Se reservan para las solemnes ocasiones» (p.949).

La vida de entrega al trabajo, forzosamente lleva aparejada costumbres de sobriedad; los Senta hablan muy poco, pero aun así, el escritor se entera de ciertas normas tradicionales:

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

> «La barraca viene de padres a hijos desde hace más de dos siglos» (p. 950).

Y nos da a conocer la indumentaria de sus antepasados, que los labradores guardan en las arcas:

> «En su cámara tiene el matrimonio un arca de nogal aromada con espliego, donde se guardan, entre otras cosas, un traje del abuelo de Senta» (p. 950).

Asimismo se hace mención de lo culinario: «gustosos arroces», «pescados fritos», «cebolla dulce asada en el rescoldo» (p. 951). En otra ocasión «el pucherito de enfermo» (p. 916).

Y la lengua, el valenciano, en una expresión diminutiva que encierra toda una concepción del mundo: «¡Arreuet, arreuet!» (p. 951), que significa «sucesivamente, sin interrupción» (p. 951), a propósito de la cual reflexiona el escritor:

> «Arreuet, arreuet pasa la vida. Pasa sin discontinuidad, sucesivamente, sin interrupción que nos detenga» (p. 991).

En cuanto al *visión filosófica*, el escritor como si nos hiciera viajar al interior de sí mismo, nos guía a los lectores, para que seamos capaces de percibir mediante la imagen del cambio de la ciudad con el paso del tiempo, la caducidad y la ruina de las cosas, tema por otra parte, esencial en la literatura española de todos los tiempos:

> «En este llano donde se esponjan ahora los naranjos, donde los solitarios algarrobos muestran su humildad, estuvo Valencia y ya no podemos contemplarla» (p. 862).

Valencia es aquí entrevista mentalmente; por ello, esa angustia obsesiva y ese continuo oponer la Valencia de su juventud con la Valencia de sus pensamientos actuales:

> «Sí, aquí fue» (p.862).

En actitud contemplativa que recuerda la famosa escultura de *El Pensador* de Rodin, y en el lejano paisaje que se extiende ¿ante su vista?, subjetivamente y con un gran pesimismo Azorín intenta convencerse a sí mismo:

> «No queda ni rastro de la urbe ilustre» (p.862).

Parece estar claro que sus recuerdos de juventud no coinciden con lo que desea ver de la ciudad y lo que realmente observa y por ello escribe casi resignadamente:

> «Estaba incólume en nuestro sentir íntimo de hace cincuenta años, y, al presente, convertida en materia de deleznable, hecha mísero polvo, no la encontramos» (p. 862).

Valencia se convierte en el símbolo de una filosofía de la vida, en la que se puede ver aún la influencia de la teoría del filósofo de Efeso, Heráclito, sobre la transformación de las cosas, transformación que en Azorín es el anuncio de la muerte:

> «Y ahora al retornar a Valencia [...] no hemos encontrado a Valencia [...]. Todo pasa y cambia. La vida es así. La vida es la muerte. Somos otros y es otra, por lo tanto Valencia» (p. 862).

Frente a la metafísica de la inmutabilidad y solidez parmediana de las cosas, la del de-

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

venir heracliana, para la cual el secreto último de todas y cada una de ellas es el dinamismo y la multiformidad. Pero un dinamismo agobiante, porque Azorín se apoya en Valencia para expresar el discurrir del tiempo sin otra salida que la muerte y la imposibilidad de volver a vivir la vida:

> «La vida no se torna a vivir. Conflicto entre lo pasado y lo presente. Lo pasado que no podemos volver a sentir y, lo presente que, ya faltos de fuerza, ya en la declinación de la vida, nos acuia, nos desconcierta y nos abruma» (p.862).

Este hombre que siente el peso de la vejez, se lamenta y se duele al recordar su juventud que ya no volverá:

> «Aquí fue Valencia [...]; en este mismo ámbito hemos experimentado hace cincuenta años sensaciones de juventud, de voluptuosidad unas y otras las hemos sufrido penosamente» (p. 862).

Cuando contempla el paso del Turia por la ciudad, el agua del río, puntal básico de su pensamiento, nos acerca a la elegía manriqueña:

> «Pero yo estaría largo rato contemplando las aguas [...] que por el centro del cauce van corriendo hacia el mar» (p.891).

Reiterativamente asoma en varios capítulos esta obsesión por el tiempo, en el que no deja de pensar, ni siquera en la noche de Fallas:

> «El tiempo pasa. Pasa y no se sabe cuánto tiempo ha pasado» (p. 893).

Por todos estos pensamientos en torno al tiempo e incluso fuera del tiempo, atemporales, Valbuena Prat ha señalado:

> «El tiempo es dolor para Azorín, que ve un 'dolorido sentir' garcilacista en la evocación del pasado [...]. Y un acicate de dudas en el futuro»[10].

Este 'dolorido sentir' abarca también a sus amigos y a la persona amada:

> «La imagen placiente que teníamos de la persona amada es sustituida por otra imagen dolorosa. Y cuando la persona amada muere, es esta imagen y no la otra, la que consetvamos» (p.868).

Aparentemente, juega con los tiempos gramaticales, los cuales son una excusa para lo que podemos considerar ya su 'leit-motif':

> «Ayer fueron pasando y ahora van a ser futuro. Y yo pensaba que los tiempos son inseguros [...] El tiempo y el espacio son las dos barretas infranqueables del espíritu humano» (p. 889).

Cuando rememora la representación de los milagros de San Vicente Ferrer, es cuando parece franquear mágicamente dichas barreras:

> «Pero ha habido un momento en que hemos estado fuera del tiempo y del espacio» (p.908).

[10] Valbuena Prat, A. (1960): *Historia de la Literatura Española.* vol. III. Gustavo Gili. Barcelona.

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

Y al llegar a Valencia nos transmite su impresión de detención del tiempo, de fusión del pasado en el presente y de penetración en la eternidad:

> «Lo grave es este sopor que te causa el paso de un tiempo a otro tiempo. Si he de ser exacto te dire que tú no vienes del tiempo, sino de la eternidad» (p. 946).

Por último se produce en el escritor un cambio psicológico: la aceptación del tiempo al llegar a la ciudad de su juventud:

> «No tengas miedo. El tiempo es el tiempo» (p. 948).

Azorín nos lleva también por caminos históricos. En su visión de la historia nos presenta una gama variopinta y variada de personajes, unos contemporáneos del escritor, unos cotidianos, otros célebres ya, que le sirven de pretexto para proyectarlos en un salto hacia atrás en el tiempo y en el espacio con otros de carácter universal: filósofos, poetas, novelistas, pintores, autores dramáticos... de cuya mano nos guía para que vayamos calando cada vez más, en lo que ya parece haberse insinuado como la esencia de lo valenciano.

De esta forma van apareciendo nombres de famosos toreros: Currito, Lagartijo, Espartero, Belmonte... (Valencia y su afición a la tauromaquia), de sastres como Coquillat (símbolo de la elegancia en el vestir de los valencianos), de médicos como el Dr. Mas (representación del prestigio de la Facultad de Medicina), de personajes típicos como D. Pepito Villalonga (encarnación de la filosofía pragmática popular); de sus compañeros y amigos: Llorca, los Sancho, Arnal y Llopis, este último y según el escritor era «el espíritu señoril de pueblo, de pueblo valenciano» (p. 866); de sus profesores de la Facultad de Derecho: D. José Villó, catedrático de Historia de España en el preparatorio de Derecho, que transporta a sus alumnos a la cultura antigua; D. Eduardo Soler y Pérez, que les hace sentir la naturaleza; D. Juan Juseu y Castañera, profesor de Derecho Canónico e Historia Eclesiástica; D. Vicente Boix, el historiador...; nombres de autores de teatro costumbrista como Escalante, en el que ve Azorín:

> «... una fina ironía, delicada, sutil, que procede de lo más hondo de una civilización» (p. 895).

De novelistas como Blasco Ibáñez, a quien relaciona con Zola y del que afirma: «Blasco Ibáñez ha creado la Naturaleza valenciana» (p.901).

De poetas como Teodoro Llorente, enlazado con el poeta provenzal Federico Mistral y símbolo de una larga tradición humanística valenciana. De periodistas como Peris Mencheta, símbolo de la modernidad. Del pintor Sorolla, sobre el que Azorín impresionista dice que es el pintor de «el aire»:

> «Lo que en Valencia existe es el aire. [...] Y precisamente no el color, sino el aire es lo que ha pintado Sorolla y lo que sublima su pintura» (pp. 910-911).

De prelados como el Arzobispo y Cardenal Monescillo, del que indica:

> «Su intervención en la Asamblea Constituyente de 1869 fue notable. [...] Los discursos de este prelado en las Cortes de 1869 son de una franqueza desconcertante» (p. 921).

Infinidad de veces se abisma en el pasado y hace revivir a muchos hombres ilustres valencianos, de cuyo arte y conocimientos se puede decir que está enamorado.

Así trae a colación la comedia de Lope de Vega «La viuda valenciana», con la que se

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

propone tres objetivos hacia el lector: el primero analizar el carácter directo de la mujer valenciana, recordando al mismo tiempo la novela de Dñª. María de Zayas (siglo XVI) «El prevenido engañado», cuya protagonista es semejante a la lopesca en las estrategias amorosas. El segundo, para ensalzar la Valencia del siglo XVII como un foco inapreciable de civilización y el tercero para idealizar la belleza de la mujer valenciana a la que compara con la Venus de Milo.

En una ocasión, las aguas del Turia le sirven para retroceder al pasado histórico y rememorar a los Borja: Alfonso Borja y Rodrigo Llansol Borja:

> «Alfonso fue Calixto III, que reinó tres años, de 1455 a 1458. Rodrigo fue Alejandro VI, que pontificó once años, de 1492 a 1503" (p. 891).

Hace vivir a Blanca March, la madre de Vives y familia del poeta Ausias March, la cual representa la psicología de la mujer valenciana de épocas pasadas:

> «He conocido varias Blanca March. Es todo el espíritu tradicional de Valencia lo que alentaba en ellas» (p. 895).

De Elzear (Ausias March) «valenciano neto» (p. 903) resalta sus versos intimistas, su tristeza y su tradición familiar humanística:

> «Pero Elzear está triste. He nacido triste. Triste era el vientre que me alumbró. El poeta nace de una Ripoll, como otro gran poeta, Emilio Castelar, había de nacer de otra valenciana Ripoll». (p. 903).

Ante la estatua de Vives del Claustro de la Universidad Literaria se detiene para poder penetrar en sus pensamientos y a veces, hace deambular al filósofo por la calle del Mar.

Y entre todos los personajes (aunque sin agotar por completo el repertorio de ellos) San Vicente Ferrer, de quien destaca su modernidad y universalidad, junto a su austeridad, humanidad y generosidad de santo. Por ello dice:

> «San Vicente Ferrer es el hombre que invariablemente encontramos en el vagón pullman, en el avión, en el autocar. Lo hemos tropezado en el sudexprés de Madrid a París y en el avión que volaba de Londres a Dublin y en un rápido de París a Milán. Pero este hombre que viaja en trenes de lujo, viste pobremente [...]. La Vida de este hombre es austera [...]. No hay desgraciado que se acerce a él que no reciba palabras de consuelo» (p. 897).

San Vicente Ferrer ha dejado una huella permanente en las tradiciones y las devociones valencianas. Cada año, el día de su commemoración, se representan, en los famosos altares de los barrios más antiguos los 'milacres' del santo, tan semejantes por su ingenuidad a los de Gonzalo de Berceo. Estos 'milacres' están vivos aún en la Valencia actual, como lo estuvieron en la de Azorín, que pone esta vez de manifiesto la identificación que se produce entre el santo y el joven actor del 'milacre' hasta tal punto que como un nuevo San Vicente va a emprender la marcha, no sabemos si en sueños o divagaciones, hacia lo desconocido, hacia países lejanos, de los que como el santo «volverá triunfador algún día» (p. 906).

De su visión histórica pasamos a su visión cultural, porque en ella se van a tener en cuenta las influencias más notables en la conformación de Valencia: la antigua, romana por excelencia, la árabe y la oriental.

De la Valencia romana encontramos referencias en el historiador D. Vicente Boix, ya citado anteriormente, personaje que le sirve al escritor para escribir sobre la romanidad de Valencia:

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

> «Roma está presente en Valencia. [...]. El mismo nombre de Valencia es típicamente romano» (p. 885).

Va nombrando Azorín los vestigios de la cultura romana en la ciudad: cloacas, inscripciones y lápidas que se encuentran en los derribos, rótulos con la indicación 'Roma' y afirma:

> «Roma es inmortal y acaso en la conciencia valenciana, aliente el espíritu romano» (p. 885).

En otra ocasión vuelve a relacionar el espíritu romano y el valenciano:

> «El valenciano nunca, ni como individuo, ni como colectividad, hace alarde de su fuerza, su fuerza reside en el espíritu. Y esas normas romanas encierran la síntesis de la civilización» (p.917).

La cultura árabe en Valencia se puede observar en su sistema de riegos. Recuerda Azorin las ocho acequias o azarbes: «Moncada, Cuarte, Tormo, Mislata, Mestalla, Favara, Rascaña y Rovella» (p. 886). Y quizás también en la presencia de ese moro de Alcira, que ni era moro, ni de Alcira, sino de la Olleria, el cual hablaba a la perfección el árabe y gesticulaba igual que ellos por lo que Azorín concluye:

> «... si un simple vecino de la Ollería, José Oltra, pudo apropiarse tan exactamente la lengua, las maneras y los usos del árabe, fue porque, indudablemente, había en su conciencia de valenciano un imborrable, milenario, atávico fondo árabe» (p. 889).

La otra cultura que confluye en Valencia es la oriental, a la que Azorín llega mediante las sensaciones olfativas que emanan las especias y que se perciben alrededor del Mercado:

> «Este olor que aspirabas hace medio siglo [...]. Ese olor es Oriente y Oriente late en el fondo de Valencia. Este olor que aspirabas hace medio siglo, al pasar frente a las especierías que existían en los alrededores del Mercado, haya por las calles afluentes al Mercado, detrás de la Lonja. Ese olor es Oriente. Y Oriente late en el fondo de Valencia. Cuando digo Oriente pienso en el suelo africano, caro en su historia, en sus habitantes, a todo buen español» (p. 948).

Y en este sentido aún añade alguna idea más:

> «Valencia y Oriente. [...]. Eso dice este olor de vainilla, clavos, azafrán, pimientos, olor de todas las especias encerradas en sus cajas y que trasciende con fuerza el exterior» (p.948)

Acompañamos también al escritor en su visión o preocupación por el estilo. Esta reflexión sobre el estilo se realza en el capítulo II titulado «La eliminación» donde vuelve a echar mano de sus recuerdos sobre Valencia, para preguntarse sobre el fundamento de las cosas:

> «¿Podré yo eliminar, en estos recuerdos de Valencia, lo quebradizo y quedarme con lo consistente?» (p. 863).

Se introduce aquí en un juego de interrogaciones retóricas, a las que se contesta él mismo:

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes

> «Lo esencial es lo que importa» (p. 863).

Igualmente sus ideas sobre lo esencial contrastan con sus ideas sobre lo superfluo:

> «Pero lo superfluo nos atrae a veces con afecto tierno, tratándose de sentimientos, y al lado de lo esencial, pasamos con indiferencia» (p.863).

Y de ahí, al no encontrar ninguna respuesta que le dé satisfacción, ya que, artísticamente lo esencial para unos, es superfluo para otros y viceversa, llega a una conclusión, fundamental para él:

> «El tono es el fundamento. El tono eleva la obra o la abate» (p. 863).

Para a continuación, pasar a una serie de disquisiciones sobre los problemas de estilo en la obra literaria, al cual representa metafóricamente como un «laberinto»:

> «El problema de estilo es como un inmenso laberinto. [...]. ¡Materia, tono, tiempo y eliminación! viales de un laberinto inextricable» (p. 863).

Las notas sobresalientes del estilo son a su buen entender de artista de la lengua: «eliminación», «fluidez y rapidez», «pureza y propiedad» (p. 863).

Presta atención al tiempo y afirma: «El tiempo adecuado al estilo no lo da ni la elipsis, ni el laconismo. La elipsis puede ser dañosa en muchos casos. Contra la elipsis, la repetición que precisa, la repetición sin miedos» (p.863).

Aboga por un tipo de elipsis especial: «Elipsis, sí, pero elipsis, principalmente, no gramatical, sino psicológica» (p.863).

Su recuerdos en estas disgresiones estilísticas le llevan por el camino de la pintura: exposiciones en París de los post-impresionistas, Gauguin y Cezanne. Del primero afirma: «A Pablo Gauguin lo he visto en su esencialidad» (p. 863).

Y del segundo comenta la falta de comprensión de sus coetáneos: «Porque no hay nada que irrite más a la muchedumbre que lo esencial y los esencial en arte es lo selecto» (p.863).

Es interesante que justo en este capítulo sea Valencia la que empuja o motiva al escritor a tratar sobre la esencialidad del arte, ¿Es, pues, Valencia, para el escritor, el símbolo de lo esencial?.

En conclusión, creemos, que con la lectura de *Valencia* hemos podido llegar a conocer parte de la esencialidad de una Valencia sensible, profunda y compleja, que no es provinciana, ni se vuelve de espaldas al progreso y a la cultura, que no está arruinada, paralizada y triste como Castilla. Valencia, tanto en sí misma, como en el paisaje que la rodea, sus costumbres y sus personajes es cosmopolitismo y universalidad. Arte y vitalidad. Cotidianidad y trascendencia. Riqueza y trabajo. He aquí lo que para nosotros ha sido un recorrido integral (no agotado del todo) por una Valencia revitalizada en el espacio y en el tiempo de la mano del virtuoso escritor de lo minucioso que fue Azorín.

Observación

La edición que hemos manejado de *Valencia* de Azorín es la contenida en *Obras Selectas.* Biblioteca Nueva. Madrid. La notación de páginas corresponde a dicha edición.

ACTAS XXXII (AEPE). Pascuala MOROTE MAGÁN. «Valencia» de Azorín
Centro Virtual Cervantes